Kim Dae Jung junto al líder norcoreano Kim Jong Il en una recepción en Pyongyang.

EL ESPÍRITU CATÓLICO DEL PRESIDENTE KIM DAE JUNG

Por ARTURO LÓPEZ-LEVY

En 1971 le tiraron un camión contra su auto, dañándole las caderas. En 1973 lo secuestraron en un hotel en Tokio, para matarlo sin que nadie lo supiera. Lo tenían maniatado y amordazado, con una piedra a los pies y una venda en los ojos. El bote estaba lejos de la costa y escuchó a sus secuestradores discutir cómo evitar que su cadáver volviera a la superficie. En 1980, lo sentenciaron a muerte en la horca, para cambiar a última hora su sentencia, ante un pedido papal de clemencia, por cadena perpetua. Pero Kim Dae Jung, el político coreano católico que representó mejor la oposición a 40 años de dictaduras militares, invitó a todos sus captores a la inauguración de su presidencia en 1997, los puso en la tribuna y los perdonó.

No hay dudas que Kim Dae Jung tuvo suerte. En Taiwán, en tiempos de la dictadura de los Chiang (Chiang Kai-Shek, padre, y Chiang Ching-Kuo, hijo), otro camión sin frenos de "un chofer irresponsable" que nunca fue capturado chocó contra el carro de la esposa del líder opositor Chen Shue-bian, y la dejó paralítica para el resto de su vida. Kim Dae Jung quedó cojo después de su "accidente", pero con vida. En 1973, a última hora, los dictadores de turno también detuvieron su ejecución ante el riesgo de la reacción internacional, particularmente en Estados Unidos, el principal aliado de Corea del Sur contra la amenaza de la República Popular Democrática de Corea, que en 1950 había lanzado una agresión contra Seúl y que nunca ha sido ni popular, ni democrática, ni república.

Entre los éxitos de Kim Dae Jung no puede ignorarse su devoción católica hacia una política de reconciliación

y tendido de puentes. No importa si el otro tenía el puño cerrado; Kim le tendió la mano. No importa si el otro violaba sus derechos; Kim le decía en pleno rostro que no era su esclavo, pero que "podían ser hermanos". Nada explica mejor su política que la fuerza de sus convicciones religiosas. Todo el que ha sido castigado, más aún si pasa por momentos de ostracismo social, sabe que la compañía de Dios es un gran aliento. Uno nunca está solo si la fe lo acompaña. Con Dios se dialoga, se interpela, se confía en su fuerza.

La sagacidad de amar a los adversarios

Kim no fue un católico perfecto, pero su fe siempre lo acompañó. Desde la prisión más dura, escribió: "La mayor felicidad derivada de ser cristiano consiste no en odiar, sino amar a nuestros adversarios". Y no eran palabras. Al ser electo presidente, Kim lanzó su política de "un rayo de sol" para abrirse a Corea del Norte, no con hostilidad sino con tanta comunicación como los monarcas de Pyongyang permitieran. Su vocación por el perdón llegó más lejos, y enfatizó una relación amistosa y respetuosa, apelando a lo mejor de su carácter, con todos los países de complicada relación con Corea: Japón, China, Rusia.

Así, en junio de 2000 Kim Dae Jung fue a Pyongyang y abrazó desde su altura a Kim Jong-Il, el monarca norcoreano que usa zapatos de plataforma para lucir más alto. ¿Qué importaba la estatura física si Kim Dae Jung era ya un Mandela moral? Para calzar su amor con acciones, Kim ofreció ayuda económica al norte. Cuando los halcones en Seúl, que no entendían su política, hicieron campaña contra su "ayuda al enemigo", Kim pidió a sus amigos de la compañía Hyundai que aceitaran su visita con una donación privada de más de 500 millones de dólares a una Corea del Norte que dice ser más prospera y feliz que el Sur; pero es, sin embargo, la parte de la península que recibe ayuda humanitaria. Cuando lo interpelaron, acusándolo de ignorar las reservas de algunos militares y la oposición a su gobierno, Kim contestó, muy católico: "El hermano rico no visita al hermano pobre con las manos vacías". Saque cada cual su propia conclusión.

Kim no era un político suave. Nació en 1943, en un pueblo de pescadores como aquellos en los que su admirado Jesús, encontró a sus apóstoles. El hecho de que formulara su política desde posiciones constructivas no significó que no se preparara para lo peor, o que no plantara cara ante el abuso gubernamental contra sus partidarios. Siendo presidente, decidido a seguir una ruta de diálogo con el norte, puso a algunos militares y opositores en el lugar que les correspondía. Había ganado las elecciones y, dentro de la legalidad, iba a implementar su programa.

Como lo expresó en su discurso al recibir el premio Nobel de la Paz en

Entre los éxitos de Kim Dae Jung no puede ignorarse su devoción católica hacia una política de reconciliación y tendido de puentes. No importa si el otro tenía el puño cerrado; Kim le tendió la mano.

2000, la política dialogante de "un rayo de sol" fue recibida inicialmente con suspicacia y hasta obstrucción por Corea del Norte. Kim no se amilanó. Si Pyongyang quería evitar el acercamiento, tendría que pagar el costo político de rechazar todo el tiempo sus gestos conciliadores. Kim no reaccionó ante las provocaciones y como timonel que sabe su rumbo, siguió tendiendo manos. Su política no resolvió el conflicto coreano, pero conectó a ambas Coreas con carreteras y ferrocarriles, creó una zona industrial conjunta, permitió la visita de millones de coreanos a los hoteles del norte y familiares de ambos lados de la cerca pudieron abrazarse por primera vez en décadas. Frente a los partidarios de la hostilidad, que nunca tuvieron éxito alguno que demostrar, fue bastante.

Su vida política implicó mucha preparación, compromiso, y sagacidad. No vivió de ilusiones. Subió a Seúl desde el sur pobre, como un activista democrático, dispuesto a enfrentar en plena calle a quienes lo querían callar. Sabía que una política de intercambios con Corea del Norte debía ser siempre vigilante. Fue firme en la convicción que las fuerzas norteamericanas en la península eran un factor de estabilidad para la península coreana y el noreste de Asia. Así se lo dijo a Kim Jong Il, que sorprendentemente -como contó Kim en su discurso del premio Nobel- aceptó la idea. Cuando los más radicales entre sus partidarios le mencionaban sus quejas justificadas sobre los problemas creados por esas tropas extranjeras en su territorio, Kim les recordaba con agudeza que el régimen al norte del paralelo 38 tenía características "no muy agradables" y que estaba armado hasta los dientes.

Un movimiento histórico hacia la justicia

En 1998, para llegar al poder después de la devastadora crisis financiera asiática, Kim se sentó a comer *kimchi*, el delicioso plato nacional coreano, con su rival de siempre, un antiguo jefe de la KCIA, la organización de inteligencia que trató de matarlo varias veces. Hicieron una alianza y Kim Dae Jung gobernó concentrándose en lo fundamental: la prosperidad económica, el establecimiento de un estado de bienestar, y la consolidación democrática. De una contracción de un siete por ciento de su producto interno bruto en 1997, Corea del Sur rebotó a un nueve por ciento de crecimiento en 1998.

Su vida política implicó mucha preparación, compromiso, y sagacidad. No vivió de ilusiones. Subió a Seúl desde el sur pobre, como un activista democrático, dispuesto a enfrentar en plena calle a quienes lo querían callar.

Su nacionalismo pro-unificación tenía los pies en la tierra. Corea del Sur debía ser democrática, independiente, con buenas relaciones con sus vecinos y ser la novena economía del mundo, con estándares de educación y salud envidiables. La reunificación, dijo en Pyongyang, no sería inmediata, ni implicaría la absorción del sur por el norte o viceversa. Si el Sur mostraba su virtud, y el norte se abría, lo demás sería competir y tener paciencia.

En términos de buena gobernabilidad, Kim no fue santo y se benefició de ciertos apoyos empresariales a su partido y de una base regional, con la que siempre mantuvo una relación especial. Dos de sus hijos fueron condenados a prisión por contratos dudosos bajo su gobierno. Algunos lo acusaron, no sin cierta razón, de favorecer excesivamente a la región de donde vino.

Kim, sin embargo, promovió leyes de derecho a la información para reducir la corrupción y hacer el gobierno más transparente. Kim Dae Jung señaló que en Corea había una disputa entre dos tipos de sociedad, y que en lugar de promover hostilidad, la dirección estratégica del sur debía ser la de un "país modelo", firme y vigilante, pero amistoso, que mostrase por medios pacíficos el pleno disfrute de los derechos humanos, al margen de cual fuese la situación en el norte. Para acabar con los vestigios autoritarios, Kim derogó las regulaciones ideológicas contra la prensa, autorizó los viajes de los coreanos del Sur a donde quisieran y los alentó a invertir en toda Asia. En contraste, los coreanos del norte no pueden todavía viajar sin permiso de su gobierno ni siquiera a China. Si en Corea del Sur la libertad religiosa es total, en el norte las comunidades religiosas son víctimas de feroz acoso.

En agosto del año pasado, antes de morir, Kim dijo que estaba orgulloso de su vida, pues había sido parte del "movimiento histórico hacia la justicia". La explicación de ese movimiento la dio al recibir el Nobel: "Toda mi vida he vivido y viviré en la convicción de que Dios me acompaña".